

BEATA BENEDETTA: UNA VIDA CON DOLOR SIGUE SIENDO UNA VIDA QUE VALE LA PENA VIVIR

La vida de la beata Benedetta Porro nos recuerda que el sufrimiento y el dolor no nos privan de nuestra humanidad, de nuestra personalidad, de nuestros sueños, de nuestros dones, de nuestras relaciones, ni siquiera de nuestra capacidad de conocer la alegría y la paz.

23 de enero de 2024



Foto sin fecha de Benedetta Bianchi Porro, quien murió el 23 de enero de 1964. (Imagen: Wikipedia; imagen de la rosa blanca: Liam Nguyen/Unsplash.com)

¿Es una vida con dolor una vida que no vale la pena vivir? Los defensores de las leyes de suicidio asistido parecen pensar que ese suele ser el caso. Para los canadienses, **las enfermedades mentales** aparentemente se han convertido en un dolor demasiado grande para soportarlo, y las personas con enfermedades terminales de todo Estados Unidos ahora pueden ir a **Vermont** para poner fin a sus vidas si así lo desean.

Todo hombre, mujer y niño experimenta dolor de vez en cuando. Una mujer italiana, cuya festividad celebra la Iglesia católica el 23 de enero, nos ayuda a ver cómo la fe en Jesucristo puede transformar incluso el dolor más profundo y constante.

La Beata Benedetta Bianchi Porro nació en 1936 en Dovadola, Italia, en el seno de una familia numerosa y devota. Era una niña feliz y hermosa a la que le encantaba leer y era una excelente estudiante. Pero ella conoció un gran sufrimiento desde muy joven.

La madre de Benedetta bautizó a su hija inmediatamente después de su nacimiento porque no creía que la niña enferma sobreviviera. Cuando Benedetta tenía tres meses, contrajo polio. Se recuperó, pero sufrió efectos secundarios a largo plazo. Por ejemplo, una de las piernas de Benedetta nunca creció tanto como la otra y se vio obligada a usar un aparato ortopédico médico para sostener su columna curva. Más tarde también necesitó un bastón para caminar. Tenía sólo trece años cuando se dio cuenta de que estaba perdiendo la audición.

Pero Benedetta era una estudiante buena y trabajadora, se graduó de la escuela y entró en la universidad a la edad de diecisiete años a pesar de sus muchos desafíos físicos. En sus estudios, rápidamente descubrió el amor por el campo de la medicina. Reconoció el cuidado de los enfermos como la vocación de su vida y decidió que quería ser médica.

Otros estudiantes se habían burlado de Benedetta por sus discapacidades durante toda su vida. En la universidad, uno de sus profesores pensaba que la idea de que una mujer con tantas limitaciones físicas pudiera tener una carrera médica era ridícula e imposible. Un día, delante de toda la clase, perdió los estribos y le gritó que una mujer sorda nunca podría ser médica. Benedetta respondió a esa maestra con paciencia y caridad cristianas y aprendió a leer los labios.

A pesar de su dedicación y arduo trabajo, sus estudios se vieron periódicamente interrumpidos por problemas médicos. Las estancias en el hospital, los tratamientos y el tiempo de recuperación ralentizaron su progreso. Pero obtuvo excelentes resultados en sus exámenes cada vez que pudo regresar a clase.

A través de sus estudios de medicina, diagnosticó su propia condición médica, un diagnóstico que había eludido a sus médicos, como la enfermedad de Von Recklinghausen. Esta enfermedad provocó que crecieran tumores en todo su sistema nervioso, lo que le provocó sordera. También se enteró con tristeza de que quedaría ciega y paralizada a medida que avanzaba la enfermedad. Hoy en día, los tratamientos contra el cáncer y otros procedimientos están disponibles para quienes padecen la enfermedad de Von Recklinghausen, pero la cirugía era la única opción en ese momento.

A Benedetta se le realizaron múltiples cirugías de cabeza, pero cada una de ellas solo ralentizó la progresión de la enfermedad. Una de las cirugías empeoró dramáticamente su condición cuando un cirujano cortó accidentalmente un nervio, dejándola paralizada en un lado de la cara.

Benedetta, muy humanamente, temía el dolor de cada una de sus cirugías. A medida que iba perdiendo autonomía a causa de la enfermedad, lamentaba el fin de su sueño de ser médica. Pero en lugar de enojarse, amargarse o rebelarse por todas las cosas que ya no podía hacer, recurrió a Dios en busca de ayuda.

Desde pequeña, Benedetta había confiado en su fe en Dios durante sus pruebas. Ella había recurrido fielmente a los sacramentos para darle fuerza incluso cuando era niña. También viajó en peregrinación a Lourdes en dos ocasiones, rezando por una curación. En un viaje, la mujer que estaba en la cama junto a ella fue sanada milagrosamente.

Pero Benedetta no. Hizo todo lo posible para aceptar el regalo de ser testigo de la curación de esa mujer, pero fue una lucha no desilusionarse de que su propia condición no hubiera cambiado.

Al final de su vida, Benedetta tenía una capacidad de comunicación muy limitada. Todavía podía hablar, aunque débilmente. Su mano izquierda, inexplicablemente, no quedó paralizada, lo que le permitió escribir mensajes a otras

personas. Las personas también podían escribir con los dedos letras del lenguaje de señas en un lado de su cara para comunicarse con ella.

Benedetta nunca dijo que su vida fuera fácil (y admitió abiertamente que algunos días eran muy difíciles de soportar), pero también les dijo a otros que había encontrado una gran paz en la presencia de Dios. Junto a sus sufrimientos diarios, Benedetta también experimentó éxtasis espirituales y una profunda sensación de estar muy cerca de Dios. Es por eso que su familia y amigos, en lugar de tratar de evitar estar cerca de una mujer en constante dolor, se encontraron buscándola e incluso siendo consoladas por ella.

La noche antes de morir, Benedetta pensó que el final estaba cerca y le dijo a su enfermera que esperaba una señal de Dios. La mañana del 23 de enero de 1964, su madre le comentó a Benedetta que se había abierto una rosa blanca en el jardín familiar, un acontecimiento sorprendente para enero. Benedetta reconoció la rosa como una señal de un sueño que había tenido hacía unos meses. Y ella murió ese día.

La vida de la beata Benedetta Porro nos recuerda que el sufrimiento y el dolor no nos privan de nuestra humanidad, de nuestra personalidad, de nuestros sueños, de nuestros dones, de nuestras relaciones, ni siquiera de nuestra capacidad de conocer la alegría y la paz. Más que eso, afectó profundamente las vidas de quienes la conocieron. Con su ejemplo, sigue inspirando aún hoy a quienes sufren discapacidades, constantes problemas de salud y planes vocacionales frustrados.

Después de todo, el poder del testimonio personal de la Beata Benedetta no está limitado por el espacio y el tiempo por la sencilla razón de que ella unió todas las pruebas de su vida a ese modelo supremo de sufrimiento humano: Jesucristo. Y su vida, que fue perfecta y dolorosamente sacrificada por cada hombre, mujer y niño, ciertamente valía la pena vivirla.